

Orlando Fals Borda: la travesía romántica de la sociología en Colombia

Alexánder Pereira Fernández

Resumen

Este texto es un homenaje al sociólogo colombiano Orlando Fals Borda. Tras su formación universitaria en EE.UU., participó en los primeros años de gobierno del Frente Nacional como director general del Ministerio de Agricultura. Fue decano y fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Decepcionado por el fracaso de su propuesta de reforma agraria, reformuló su pensamiento hacia posturas más radicales. Estuvo comprometido en las luchas populares y democráticas, sobre todo en defensa del campesinado colombiano. Junto con su esposa sufrió la persecución política a fines de los setenta. Fue presidente honorario del Polo Democrático Alternativo hasta su muerte en 2008.

Abstract

This article is a tribute to the Colombian sociologist Orlando Fals Borda. He attended university in the USA, took part in the early years of government of the National Front as general director of the Department of Agriculture and was dean and founder of the Sociology Department at the National University of Colombia. Disappointed by the failure of his agricultural reform proposal, he restated his thought, choosing more radical approaches. He was involved in popular and democratic struggles, mostly in defense of the Colombian peasantry. He and his wife were subjected to political persecution by the late seventies. He was a member of the Alternative Democratic Pole as honorary president until his decease in 2008.

CvE

Año I
Nº 2
Primer
Semestre
2009

Alexánder Pereira Fernández

Estudiante de la Maestría en Historia de América del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México.

Master student of American History at the Institute of Historical Research, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Mexico.

Palabras clave

1| Colombia 2| Sociología 3| Estados Unidos 4| Universidad 5| Violencia
6| Frente Nacional 7| Pensamiento Crítico 8| Campesinado 9| Subversión
10| Democracia Radical

Keywords

1| Colombia 2| Sociology 3| United States 4| University 5| Violence 6| National Front
7| Critical Thought 8| Peasantry 9| Subversion 10| Radical Democracy

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

PEREIRA FERNÁNDEZ, Alexánder. Orlando Fals Borda: la travesía romántica de la sociología en Colombia. *Crítica y Emancipación*, (2): 211-247, primer semestre 2009.

Orlando Fals Borda: la travesía romántica de la sociología en Colombia

CyE
Año I
Nº 2
Primer
Semestre
2009

Han pasado cuatro décadas desde que el sociólogo Orlando Fals Borda publicó su libro *La subversión en Colombia* (1967). El texto había caído en el olvido hasta que hace poco fue reeditado por su propio autor, siendo este el último acto público que llevó a cabo en vida. Fals Borda murió en Bogotá en la madrugada del 12 de agosto de 2008, a un mes de cumplir 83 años de haber nacido en Barranquilla, Colombia, el 11 de julio de 1925. Hasta el fin de sus días estuvo convencido de la vigencia de la utopía del socialismo pluralista que defendió en aquel libro. Lo que no quiere decir que durante esas cuatro décadas su pensamiento haya permanecido estático: a decir verdad, la aparición de ese texto sólo indicaba un momento de transición en su larga y prolífica trayectoria intelectual.

La perspectiva democrática radical que Fals Borda expresaba en *La subversión en Colombia* llegaría a nutrirse de un profundo anticapitalismo en los años setenta, que quedaría expresado en su *Historia doble de la Costa*, una saga de cuatro tomos que fue publicada durante el decenio de los ochenta. Partiendo de su inicial formación liberal, su libro sobre la subversión señalaría una etapa de transición hacia ese anticapitalismo que bien puede considerarse romántico por los elementos ideológicos que contiene. Justamente, el problema que abordaremos en el presente artículo consiste en comprender el proceso en que se desarrolló, y los contenidos que alcanzó, esa dimensión romántica en su pensamiento. Teniendo en cuenta lo anterior, este escrito se divide en tres partes, que indagan tanto esa dimensión romántica en su obra como los rasgos más relevantes de su experiencia como sociólogo. Todo visto desde una perspectiva biográfica anclada en las circunstancias particulares de los sociólogos colombianos.

La ruptura instauradora de la sociología en Colombia

Tras culminar sus estudios de primaria y secundaria en un colegio presbiteriano en Barranquilla, en el litoral del Caribe colombiano, Orlando

Fals ingresó al ejército en 1941: quería ser un general de la república. Desencantado de esa experiencia, en 1944 viajó becado a Estados Unidos a estudiar en la Universidad de Dubuque, también presbiteriana, donde obtuvo el título de *Bachelor of Arts* en literatura inglesa en 1947. Luego, nuevamente becado, realizó la maestría y el doctorado en sociología rural, en la Universidad de Minnesota y en la Universidad de la Florida, respectivamente, hasta 1955. De la maestría surgió su obra *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucío*, y del doctorado, *El hombre y la tierra en Boyacá. Bases sociológicas e históricas para una reforma agraria*. El primer libro fue editado en inglés en 1955, y luego en español en 1961, mientras que el segundo circuló en español desde 1957. Para ese entonces Orlando Fals era un joven de clase media, que contaba con treinta y dos años de edad.

A riesgo de simplificar, puede decirse que *Campesinos de los Andes* corresponde al estudio de una comunidad de labriegos ubicada en un vecindario rural, Saucío, y *El hombre y la tierra en Boyacá*, al de varias comunidades campesinas ubicadas en el Departamento de Boyacá, ambos dentro de la división político-administrativa de Colombia. Así, mientras la primera obra trata sobre un grupo humano conformado por la unión de intereses de varias familias, ubicadas en una pequeña localidad rural, la segunda tiene que ver con pequeñas poblaciones cohesionadas en virtud de intereses comunes. Aun cuando estas investigaciones no pretenden ser estudios globales sobre Colombia, sino de casos concretos dentro la geografía del país, por su perspectiva histórica de largo aliento y por el alcance multidimensional que poseen es posible encontrar en ellas una visión general del proceso social colombiano.

Se trata de investigaciones llevadas a cabo bajo la influencia del estructural-funcionalismo, pero principalmente con el utillaje metodológico y teórico proveniente de la tradición microsociológica estadounidense. Es así que *Campesinos de los Andes* y *El Hombre y la tierra en Boyacá* no pueden ubicarse fácilmente dentro del enfoque estructural-funcionalista, en particular del proveniente de Talcott Parsons. Para los años cincuenta, época en la que Fals hizo sus estudios, Parsons manejaba categorías muy abstractas y sin demasiados fundamentos empíricos como para ser asumidas completamente por cualquier corriente de la microsociología. Esta última se inclinaba más a estudios concretos, descriptivos y detallados de los procesos de interacción humana, del modo de pensar y actuar de las personas y del análisis de la vida cotidiana, por medio de la observación directa o a través del uso de documentos escritos, orales y visuales. Lo anterior ayuda a entender por qué el estructural-funcionalismo que encontramos en las primeras

obras de Fals Borda fue de un género más atemperado, es decir, a mitad del camino entre la gran teoría y el empirismo; un punto intermedio que hacía más accesibles corrientes estructural-funcionalistas como la de Robert Merton, quien, en efecto, fue tomado por Fals Borda.

El solo hecho de que Fals Borda haya optado por un análisis sociohistórico diferencia sus primeras investigaciones de la mayoría de estudios que por entonces fueron realizados en América Latina bajo el enfoque estructural-funcionalista. De ese modo, pese a que en sus libros hay un marcado interés por develar los mecanismos estructurales que tiene la sociedad para funcionar de forma integrada, a la manera

Hasta el fin de sus días estuvo convencido de la vigencia de la utopía del socialismo pluralista que defendió en aquel libro.

de un cuerpo humano, también es cierto que en sus interpretaciones no se encuentra la sociedad detenida en seco, como si se tratara del retrato de determinada estructura en el presente, en la que se analizan datos estadísticos. Además del proceso histórico, que se encuentra sustentado con documentos tan diversos que causarían la envidia de cualquier historiador, pueden encontrarse también análisis múltiples y en varios niveles. Análisis en los cuales son puestos en práctica métodos y técnicas cualitativas provenientes de la microsociología, tales como el diario de campo, la convivencia por largo tiempo con las comunidades estudiadas —la observación participante—, grabaciones magnetofónicas, fotografías, además del uso de documentos u objetos personales brindados por los campesinos.

Asimismo, gracias a su enfoque interdisciplinario, estas obras presentan una gran flexibilidad, donde etnografía, lingüística, geografía, agronomía, musicología, demografía, psicología, antropología y sociología se entrelazan para presentar al lector una exposición viva y descriptiva que a veces parece tomar las características de un documental cinematográfico. De tal suerte que se tiene la impresión de poder entrar a las casas de los campesinos, conocer su cocina, sus costumbres, sus formas de hablar, su religiosidad, las modalidades de cultivo, entre muchos otros aspectos más de su cultura y vida cotidiana. En ese

sentido, la comunidad campesina constituye la unidad de observación y análisis, sin desestimar nunca la comprensión de otros niveles sociales, tales como el municipio, la región y el país en general, presentando incluso algunas veces comparaciones a escala latinoamericana. En todo caso, las ideas básicas que primaron en los años cincuenta y principios de los sesenta sobre la modernización, el cambio social dirigido y la historia entendida como un continuo evolutivo que va de lo tradicional a lo moderno no están ausentes en estas primeras obras. Esta era una visión de la historia ampliamente compartida por los sociólogos latinoamericanos de la época. En este sentido, Fals Borda no caminaba solo. Muchos de los nuevos científicos sociales latinoamericanos que por entonces se habían formado en Estados Unidos o Europa, o en sus países de origen, portaban una concepción análoga del mundo. Ya sea en su vertiente marxista –mediatizada en ese tiempo por el estalinismo, que concebía la historia en fases destinadas a alcanzar un progreso entendido como desarrollo económico– o estructural-funcionalista, los científicos sociales latinoamericanos estaban influenciados por la ideología de la época: el desarrollismo y la modernización. Para ellos, el progreso era entendido como desarrollo o suponían que ese ansiado progreso social se alcanzaría a través del desarrollo (Sonntag, 1989: 54). Lo anterior no contaba con fuertes contradictores, pues eran pocos los osados que se atrevían a criticar una concepción que de modo obvio parecía corresponderse y ser recíproca con un mundo social que en efecto estaba en transición.

Con todas las virtudes o defectos que hoy podrían señalarse a las primeras obras de Fals Borda, es posible considerarlas clásicos del pensamiento sociológico colombiano, pues el nuevo proceder científico que en ellas se puso en práctica llegaría a generar una *ruptura instaurada* en el análisis social de ese país. Y decimos *ruptura* porque rompería con la retórica especulativa que prevalecía en muchos escritores sociales con anterioridad a tales investigaciones, e *instauradora* porque a partir de ellas se fundarían nuevas prácticas para la interpretación social en Colombia. Además, la flexibilidad, y el carácter histórico e interdisciplinario que poseen esos libros les han posibilitado mantener su vigencia con el paso del tiempo, siendo referentes obligados en la actualidad, más allá de la caducidad que hoy pueda atribuirse al uso del enfoque estructural-funcionalista. Florestan Fernandes, Luis A. Costa Pinto, Fernando Henrique Cardoso, para citar el caso de los padres fundadores de la sociología científica en Brasil, durante sus primeras investigaciones también se vieron influidos por ese mismo enfoque y las demás técnicas y métodos empíricos norteamericanos. Asimismo, Gino Germani y Aldo Solari, para los casos de Argentina y Uruguay,

respectivamente, hicieron uso de ese enfoque cuando se abocaron a la tarea de institucionalizar la sociología en sus países. Podría decirse algo similar de Pablo González Casanova, quien pese a su temprana formación en el marxismo europeo, y de nutrirse además del ala radical y nacionalista de la revolución mexicana, también se inició con los métodos y técnicas de la sociología empírica estadounidense (Kahl, 1986; Moraes Filho, 1970: 39-84; Sefchovich, 1989: 5-60; Errandonea, 2001: 148-158). En cualquier caso, todos ellos y muchos más, como los economistas que conformaron la primera etapa de la CEPAL, convergían en preocupaciones similares que estaban centradas en el problema del desarrollo y la modernización capitalista que, como ya mencionamos, era la ideología de la época.

Así, pues, con la formación intelectual que traía consigo, las acciones públicas que Fals Borda emprendería desde entonces estarían caracterizadas por un poderoso optimismo demócrata-liberal. Optimismo que provenía de cierta hibridación ideológica producto de su educación cristiana protestante, influida por ideales democráticos y filantrópicos; por el consenso liberal respirado en la atmósfera universitaria donde se formó en Estados Unidos; y, en gran medida también, por el tibio reformismo que desplegó el primer gobierno del Frente Nacional en Colombia (Pereira, 2004: 27-43). El Frente Nacional fue un régimen de coalición bipartidista (1958-1974), en el que los partidos Liberal y Conservador monopolizaron el manejo del Estado. Se trataba de una coalición elitista que justificaba su existencia en el intento de superar la guerra civil de la violencia, que venía sangrando al país desde los años cuarenta, y la dictadura militar que luego sobrevino. Este régimen contaría, además, con el respaldo de los programas reformistas que trajo la Alianza para el Progreso, contra lo que se percibía como el avance del comunismo tras la Revolución Cubana.

En ese contexto, siendo el primer colombiano con un doctorado en sociología y con publicaciones que daban cuenta de su rigor científico, Fals Borda alcanzó cierta notoriedad que le sirvió para ser nombrado director general del Ministerio de Agricultura –hoy Vice-ministerio de Agricultura– y decano-fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, ambas tareas emprendidas desde 1959. Para la fundación de la Facultad, Fals Borda contó con la colaboración del sacerdote y sociólogo Camilo Torres Restrepo, recién egresado de la Universidad Católica de Lovaina, en Bélgica. Con Camilo Torres, Fals Borda tenía esperanzas compartidas en los cambios democráticos que prometían los planes reformistas de las elites dominantes colombianas. De tal suerte que ambos estuvieron trabajando al servicio del Estado, en el asesoramiento técnico de los

programas de reforma agraria, cooperativas rurales y Acción Comunal que a la sazón se impulsaban, al tiempo que bregaban con espíritu apostólico por consolidar la sociología como ciencia en Colombia.

Desde la Facultad de Sociología, Fals Borda y sus colaboradores concentraron a miembros sobresalientes de la nueva generación de científicos sociales que despuntaban en Colombia. Muchos de ellos provenían de la extinta Escuela Normal Superior –primer intento colombiano de profesionalizar las ciencias sociales en los años cuarenta–, con lo que se daba, en cierta medida, la posibilidad de reagrupar en una misma institución a representantes destacados de la primera generación de científicos sociales formados en el país, y a otros tantos investigadores de procedencia extranjera. En un vivísimo artículo escrito pocos años atrás, Fals Borda rememoraba al respecto: “El insumo de egresados eminentes de la fenecida Escuela Normal Superior, como Roberto Pineda, Virginia Gutiérrez, Milcíades Chávez y Darío Mesa, fueron muy importantes” (Fals Borda, 2001: 8). Estos eran intelectuales que, por sus procedencias –nacionales y extranjeros–, enfoques e intereses académicos diversos brindaron un aire cosmopolita a la naciente institucionalización de la sociología en Colombia. Con ellos se conformó un espacio abierto de discusión y deliberación científica de alto nivel, que llegó no sólo a contribuir con la formación de sociólogos, sino también a cualificar la opinión de algunos sectores sociales, en particular los provenientes de las por entonces ascendentes clases medias profesionales.

En estas tareas realizadas para consolidar la sociología como un campo académico especializado también participó la socióloga María Cristina Salazar Camacho, quien merece una mención especial por la fructífera relación afectiva y académica que sostuvo desde principios de los años sesenta con Fals Borda. María Cristina Salazar ingresó a la Facultad de Sociología luego de ser convocada en 1962 por Camilo Torres, con quien, además de compartir profundas convicciones cristianas, tenía similares orígenes sociales: ambos provenían de la élite tradicional colombiana. Su educación primaria y secundaria la realizó en Inglaterra y Estados Unidos, y en este último país consiguió también el título de *Bachelor* en Artes en 1951, y los de Magíster y Doctora en Sociología en la Universidad Católica de América, situada en Washington, en 1957, siendo así la primera mujer con ese título profesional en Colombia. De vuelta en el país, María Cristina ayudó a fundar en 1960 las carreras de Trabajo Social y Sociología en la Universidad Javeriana, de donde luego partió para integrar el cuerpo de profesores de la Universidad Nacional. A finales de los años sesenta, María Cristina Salazar y Orlando Fals contrajeron dos veces matrimo-

nio, una por la iglesia católica y otra por la presbiteriana, manteniendo durante cuatro décadas una camaradería que los benefició mutuamente en sus quehaceres intelectuales (Restrepo, 2006: 395-398). Así como la diversidad de profesores e investigadores que conformaban la Facultad de Sociología, esta historia de amor entre una cristiana católica y un protestante era una muestra más del ambiente de tolerancia que se respiraba en los primeros años de ese círculo académico, situación que rompía con los múltiples sectarismos que imperaban en otros ámbitos de la sociedad colombiana de la época. La profunda formación cristiana de los esposos Fals-Salazar, unida a la del sacerdote Camilo Torres,

***Con todas las virtudes o defectos
que hoy podrían señalarse a las
primeras obras de Fals Borda, es
posible considerarlas clásicos del
pensamiento sociológico colombiano.***

también ayuda a comprender la mística apostólica que acompañó el proceso de institucionalización de la primera comunidad de sociólogos colombianos. “En esta Facultad, como muchos habrán podido observarlo, se ha creado una verdadera mística por la ciencia y por el servicio a Colombia”, afirmaba Fals Borda en el acto de graduación de los primeros egresados de la Facultad de Sociología, el 6 de abril de 1962, según el Archivo de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia (AFCH-UNC).

Según Rodrigo Parra Sandoval, sociólogo formado en ese mismo ambiente académico y luego analista del mismo, el cristianismo que portaban Fals Borda y Torres Restrepo les proveyó una ética del trabajo, entendida en el sentido weberiano, que se expresó en el liderazgo carismático que proyectaron como intelectuales durante el período de fundación de la Facultad de Sociología. Afirma Parra Sandoval (1985: 191): “Este carisma de los fundadores jugó sin lugar a dudas un papel de gran importancia en el surgimiento de la comunidad científica que tuvo lugar en la década [del] sesenta”. En efecto, las capacidades ejecutivas desplegadas por Fals Borda o Camilo Torres, este último más desde la política, dejaban apreciar, al igual que en el caso de María Cristina Salazar, una fuerte mística cristiana que animaba sus acciones. Durante la primera mitad de los años sesenta, en el

intento de consolidar la disciplina sociológica en Colombia, Fals Borda lideró la fundación de la Asociación Colombiana de Sociología (1962), y promovió la organización del VII Congreso Latinoamericano de Sociología (1964), y del I y el II Congreso Nacional (1963 y 1967), todos efectuados en Bogotá. Igualmente, en un momento en que la universidad colombiana no financiaba investigaciones, ni mucho menos existía la figura del profesor investigador, Orlando Fals contribuyó a la consecución de fondos internacionales para tales actividades, a través de fundaciones como Ford, Rockefeller y Fulbright y de entidades como la UNESCO. Con esos fondos también se logró construir una infraestructura académica para la nascente facultad: edificaciones, logística para la investigación y la docencia, bibliotecas, máquinas de cómputo y de escribir, así como la serie de Monografías Sociológicas, de amplia difusión, en la que diversos investigadores tuvieron la oportunidad de publicar sus trabajos. Asimismo, creó el Programa Latinoamericano de Estudios para el Desarrollo, PLEDES (1964-1969), que permitió continuar sus estudios de posgrado a muchos de los egresados de la Carrera de Sociología (Cataño, 1987: 13-17; Restrepo, 1988: 87-90).

Semejante capacidad de gestión administrativa, combinada con labores docentes, investigativas y de promoción y divulgación de estudios, deja apreciar el liderazgo carismático de Fals Borda en la búsqueda por organizar un campo autónomo para la sociología como disciplina científica en Colombia. En esa época, Fals fue capaz de ayudar a coordinar el proceso de institucionalización de las ciencias sociales que había quedado trunco con la desaparición de la Escuela Normal Superior, pues no solamente se trató de la fundación de la Carrera de Sociología, sino que a partir de ella empezaron a surgir otros programas de ciencias sociales como Antropología, Trabajo Social y Geografía (Carrillo Guerrero, 2006: 25). Igualmente, cabe destacar que el movimiento acelerado con el que él y sus colaboradores construyeron toda esa infraestructura intelectual estaba motivado por otra serie de transformaciones, también aceleradas, que se venían gestando de forma paralela en la sociedad en general. Para principios de los años sesenta las cifras de los pobladores rurales y urbanos en Colombia se habían invertido. En ese momento, el 60,6% de los colombianos vivían en ciudades, se había incrementado la cobertura educativa de modo sustancial, las mujeres empezaban a ingresar masivamente a las universidades y, en la medida en que se ensanchaban las capas medias y populares, crecía también el inconformismo político y, con este, la movilización social. El mundo de las editoriales despertaba: excelentes revistas culturales como *Mito* y *Eco* hacían época, al mismo tiempo que la circulación de periódicos aumentaba vertiginosamente. En una

palabra, las tareas que se emprendían desde la facultad eran impulsadas por –y se correspondían con– los nuevos estilos de vida y, especialmente, con un incremento importante del público lector, cada vez más profesional e interesado en consumir productos culturales (Urrego, 2002: 145-185; Gómez, 2006: 331-400).

En una entrevista realizada a Belisario Betancur en 1963, quien por entonces era uno de los accionistas de Ediciones Tercer Mundo, afirmaba: “En los últimos años el comercio del libro se ha incrementado en tal forma que podría asegurar que la industria del libro colombiano se encuentra en su etapa inicial. Me parece definitivamente superada la época en que el escritor debía enfrentarse a la triple tarea de escritor-impresor-distribuidor” (*El Tiempo*, 14 de julio de 1963: 2).

Evidentemente, el consumo de libros crecía y las labores intelectuales empezaban a especializarse. Otro elemento que deja entrever esta entrevista, quizás el más significativo, es la poca diferenciación que existía entre el intelectual y el político de profesión. Con anterioridad a los años sesenta, la línea que separaba la labor del uno y del otro no existía claramente en Colombia. Ejemplo de ello lo ofrece el propio Betancur, quien al mismo tiempo que se reclamaba como intelectual era ministro de Trabajo. Su caso es sintomático tanto más por cuanto muestra una persistencia en ese sentido: Betancur llegaría a la presidencia de Colombia en los años ochenta, sin que se le dejara de percibir como intelectual. Sin embargo, al iniciarse el decenio de los sesenta era evidente que se experimentaba una separación entre esos dos ámbitos de actividades, por lo que podemos afirmar que Fals Borda fue un personaje de transición en tales cambios. Como ya mencionamos, al mismo tiempo que era decano de la Facultad de Sociología formaba parte de la primera administración del Frente Nacional. A principios de 1962, Fals Borda le escribió una carta a Lynn Smith, su maestro en la Universidad de Florida, donde le comentaba con entusiasmo sus actividades con el gobierno: “La reforma agraria está en marcha, y yo estoy metido en ella hasta el pescuezo” (citado por Restrepo, 1988: 89).

En verdad, las ilusiones que Fals Borda tenía en el programa de reforma agraria eran muy grandes, tanto más si tenemos en cuenta que él mismo se consideraba un experto en la materia –recuérdese que el libro producto de su tesis doctoral llevaba como subtítulo *Bases sociológicas e históricas para una reforma agraria*–. Pero esas esperanzas se verían rápidamente frustradas al hacerse evidente que el gobierno no tenía un interés real en llevar a cabo las reformas que prometía. Es así que la relación entre algunos sectores intelectuales y los grupos que detentaban el poder se fue agrietando a tal ritmo que, hacia finales de 1962, personajes como Fals Borda empezaban a marcar distancia del

Frente Nacional. La gota que rebosó la copa tenía que ver con el revuelo público que suscitó la aparición del primer tomo de *La violencia en Colombia*, obra que Fals Borda realizó en coautoría con Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán Campos, este último también sacerdote católico. La aparición de este libro tiene un importante valor simbólico para la historia de la autonomía intelectual en Colombia, ya que marcó uno de los primeros hitos en la independencia de una nueva generación de intelectuales con respecto a la clase política y al Estado, tanto más si tenemos en cuenta que la investigación fue financiada por entidades del gobierno (Urrego, 2002: 179-180).

Con bases teóricas y empíricas fuertes, los autores del libro llegaron a interpretaciones que estaban lejos de subordinarse al pacto de olvido y reconciliación que ensayaba la elite política por medio del régimen del Frente Nacional. Más que ubicados en uno u otro bando del sistema bipartidista, como era usual en los textos precedentes sobre el tema de la violencia, este libro tenía una pretensión científica encaminada a explicar el conflicto social que sacudía al país desde finales de los años cuarenta. Al respecto, apuntaba Fals Borda en el prólogo del primer tomo de la investigación: “Colombia ha llegado en su devenir histórico a tal encrucijada que necesita que se le diga la verdad, así sea ella dolorosa, y aunque produzca serios inconvenientes a aquellos que se atrevan a decirla” (Fals Borda et al., 1962: 13). Pese a la pretendida objetividad de los autores, y como permite apreciar la cita anterior, la obra no dejaba de tener un tono de reclamo que la acercaba a cierta búsqueda de responsables de la crisis en que se mantenía a Colombia. En el mismo prólogo, y subiendo aún más el tono, Fals Borda escribía:

El presente estudio trata de ser objetivo. Pero también quiere ser una campanada de alerta que al redoblar hiera la sensibilidad de los colombianos y los obligue a pensar antes de volver a estimular el ciclo de destrucción inútil y de sevicia rebosante que se inició en 1949. La historia enseña que es posible hacer revoluciones radicales, mas sin crueldad; totales, mas sin el inútil sacrificio humano. Si Colombia necesita de una honda transformación social, ¡seamos capaces de hacerla como hombres y no como bestias! (Fals Borda et al., 1962: 14).

Para los autores de *La violencia en Colombia*, los verdaderos responsables de la confrontación habían sido las clases dominantes en su afán desmedido por controlar el Estado. “Algunas clases dirigentes y las ‘oligarquías’ de ambos partidos tradicionales, coaligadas por la seria amenaza a sus intereses, tomaron las riendas del Estado para efectuar la contrarrevolución” (Fals Borda et al., 1962: 14), aseveraba Fals Borda refiriéndose a

la frustración que significó el freno al impulso democrático del movimiento populista liderado por Jorge Eliécer Gaitán al promediar los años cuarenta. A pesar de las incongruencias valorativas que hoy podríamos señalar en algunas partes del libro –en particular las provenientes del intento de diagnosticar la realidad con el fin de sugerir tratamientos terapéuticos, a la manera de un médico, y del problemático uso de conceptos tomados del estructural-funcionalismo–, es posible reconocer el valor de su análisis en el sentido de encontrar explicaciones argumentadas en torno al problema de la violencia. Es precisamente este carácter científico de la obra el que la hace pionera entre los investigadores del conflicto en Colombia. Tanto es así que ella sería la matriz de una subdisciplina conocida en el país como violentología (Ortiz, 1995: 390-392).

Pero no sólo en lo antes dicho reside la importancia del libro; este también tenía algo de herético, ya que su aparición rompió con un silencio sordo, con un sentido común impuesto desde el poder sobre el problema de la violencia. Es en ese sentido que puede decirse que fue una investigación que manifestaba los atisbos de una naciente autonomía intelectual, expresada en cierta disidencia con respecto al poder y al discurso oficial dominante. Esto puede verificarse en la ruidosa confrontación pública que desató su publicación entre los dos partidos integrantes del Frente Nacional (Liberal y Conservador), las Fuerzas Armadas, la policía y la iglesia católica. Nadie quería hacerse responsable de los cerca de 300 mil muertos y los miles de desplazados de los que hablaba la investigación. Cuestión que motivó en el Parlamento discusiones secretas sobre la obra; pronunciamientos militares con libro en mano, que incluso hicieron correr el rumor de un golpe de Estado.

Los periódicos voceros de los partidos Liberal y Conservador se fustigaban mutuamente, a la vez que publicaban artículos a favor o en contra de la investigación y de los autores de la misma. “Un sociólogo protestante, un abogado liberal y un cura párroco católico le quitan toda respetabilidad a la obra”, editorializaba *El Siglo* en 1961. Por cierto, hasta el ministro de Trabajo, Belisario Betancur, debió renunciar por unos días a su cargo al verse rodeado por las querellas que recibió en su calidad de accionista de Ediciones Tercer Mundo, que fue la encargada de publicar la obra. Aunque, como afirmaba un periódico, Betancur, con “su estilo deportivo para hacer política”, explicaba satisfactoriamente que él nada tenía que ver con la selección de los volúmenes que publicaba la editorial (*La Nueva Prensa*, 13 de octubre de 1962: 23-28). La posición ambigua que asumió Betancur ante un asunto que convocó al debate a amplios sectores del país podría corresponder a la de aquellos intelectuales que no se diferenciaban del político de profesión. Pero no a la de los nuevos intelectuales que

venían forjando un espacio autónomo para expresarse libremente, sin tener que subordinar sus ideas al poder político establecido. Esta búsqueda no era algo que acontecía solamente en el ámbito de las ciencias sociales. En rigor, hay que decir que se trataba de un movimiento de ideas disidentes que tenía también expresión en otras ramas profesionales. Pues no es casualidad que en el mismo año en que se publicó *La violencia en Colombia* vieran la luz dos obras artísticas de marcado contenido crítico sobre la realidad colombiana, y en particular sobre el fenómeno de la violencia. El pintor Alejandro Obregón llegó a exponer una de sus obras más renombradas, un lienzo titulado *Violencia*, donde aparecía el cadáver de una mujer que simulaba con su cuerpo desnudo la geografía de la cordillera de los Andes, con colores lúgubres que sugerían la idea de la brutalidad de las masacres. El joven García Márquez hacía lo propio con su novela *La mala hora*, en la que narraba el advenimiento de la hora de la desgracia, del tiempo de la violencia colectiva sobre un pueblo de campesinos.

Es posible hablar de una nueva sensibilidad frente a la realidad colombiana entre sectores de la joven generación de intelectuales, que se hacía visible a principios de los años sesenta. Esta nueva actitud venía de la experiencia compartida que todos ellos tuvieron durante su primera juventud en medio de una sociedad encerrada en la guerra civil. En el caso particular de Fals Borda y de sus compañeros de estudio, la relación entre esa experiencia vital y esta nueva sensibilidad social era aún más evidente. Al verse involucrados en un estudio sobre el conflicto de la violencia, estos intelectuales fueron impactados durante el propio proceso de investigación, ya que al tener acceso a una gran cantidad de material empírico y a entrevistas con pobladores rurales, al visitar distintas zonas donde el conflicto mostraba sus rasgos más macabros, pudieron observar de forma directa las consecuencias de una guerra cuyos principales perjudicados eran campesinos pobres y analfabetos. Campesinos que, además de ser víctimas, tenían que cargar con el peso de un estigma que desde el discurso oficial los hacía ver como bárbaros. Quizá la mejor muestra de esa nueva sensibilidad y del impacto que tuvo el libro sobre la violencia entre sus propios autores lo ofrezca el siguiente hecho: en abril de 1964, a pocos meses de la aparición del segundo tomo de la investigación, sus autores intentaron involucrarse como mediadores del conflicto en una región rural del sur del país, en momentos en que el gobierno amenazaba con invadir militarmente una zona poblada por grupos de autodefensas campesinas, en Marquetalia, Tolima, donde según el gobierno se estaba formado una “República Independiente”. Ante esa situación, Fals Borda, Umaña Luna, Gerardo Molina, Hernando Garavito y los sacerdotes y

sociólogos Camilo Torres, Germán Guzmán y Gustavo Pérez decidieron crear una “Comisión de Paz Independiente” con el fin de ofrecer sus servicios para lograr un acuerdo entre el gobierno y los campesinos insurgentes (Pérez, 1996: 159-161; Garavito, 2001: 86-89).

Sin embargo, sectores de la prensa señalaron al grupo como “filocomunista” y la iglesia católica negó el permiso para ir a Marquetalia a los sacerdotes que integraban la Comisión (*El Tiempo*, 1 de mayo de 1964: 1). Así las cosas, el grupo terminó por disolverse, no sin que antes sus miembros se pronunciaran desde la prensa advirtiendo con palabras casi proféticas lo siguiente:

Pueda ser que no se reanude el holocausto de vidas y bienes que acompaña a la violencia. Violencia cuyas causas no residen fundamentalmente en factores como la propaganda de ideología alguna, sino en la miseria y el desamparo en que se ha mantenido a gran parte de la población colombiana. Cualquier tipo de acción que se proponga para la reincorporación de estas áreas a la vida normal del país, lejos de ser represivas, deben partir de la elemental defensa de los Derechos Humanos, dando prelación al plan que vaya a la raíz económica y social del fenómeno (*El Espectador*, 3 de mayo de 1964: 1 y 8).

El 18 de mayo de 1964, a dos semanas de haber salido ese comunicado, la región de Marquetalia fue bombardeada por 16 mil efectivos del ejército, para lo cual se utilizaron incluso bombas de napalm (*El Espectador*, 16 de junio de 1964: 1-2). Esta feroz entrada de los militares provocó un repliegue de los campesinos hacia la selva, que posteriormente los llevaría a conformar las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, iniciándose así una guerra de guerrillas que todavía continúa en el país. A partir de este momento, mientras la historia del conflicto colombiano entraba en otra fase, la primera etapa de la trayectoria intelectual de Fals Borda quedaba concluida. En adelante sus trabajos seguirían centrados en el estudio de los procesos de cambios colectivos, pero ya no desde la perspectiva estructural-funcionalista, más preocupada por la regulación social y el equilibrio de las estructuras. Su mirada se iría desplazando poco a poco hacia teorías críticas relacionadas con el estudio del conflicto. Por lo demás, este es un enfoque que se insinuaba ya en la interpretación que orientó el estudio sobre la violencia.

El intelectual *disórgano*

Desde la aparición de *La violencia en Colombia* hasta finales de los años sesenta, Fals Borda realizó algunos virajes ideológicos que lo fueron transformando políticamente en un intelectual radical. (Cabe destacar

que entendemos por radical una orientación política que defiende una democratización profunda de la sociedad y del poder, sin salirse de los marcos del liberalismo democrático que hunde sus raíces en la Revolución Francesa y en las ideas de la Ilustración; este liberalismo está enlazado en Colombia con la tradición radical del siglo XIX). Además de sus propias experiencias personales, que fueron motivando sus transformaciones políticas y académicas, en este proceso también tuvieron mucho que ver los cambios sucedidos en el devenir histórico del país. A mediados de los años sesenta, en Colombia se profundizó un nuevo período de crisis social e institucional que se vio reflejado en un auge de las movilizaciones populares y en el surgimiento de guerrillas. Tal vez el síntoma más elocuente de lo que sucedía lo ofrezca el ingreso del sacerdote Camilo Torres Restrepo a las filas del Ejército de Liberación Nacional, ELN, quien caería muerto en combate en una vereda del departamento de Santander en 1966.

Este período abarca también el momento de la gran desilusión de amplios sectores democráticos ante las promesas reformistas que había proclamado el primer gobierno del Frente Nacional. La democracia excluyente, jerárquica y en gran medida autoritaria que terminó estableciendo el régimen frentenacionalista había generado frustraciones en diversos segmentos de la sociedad, en particular entre los provenientes de las clases populares y sectores de la pequeña burguesía de la que provenía el propio Fals. En ese contexto, importantes grupos intelectuales fueron deslizándose políticamente hacia posiciones contestatarias. Así, el viraje radical de Camilo Torres es expresivo en ese sentido; pero no sólo el suyo. Personajes como Fals Borda, Estanislao Zuleta, Eduardo Umaña, Mario Arrubla y Germán Guzmán, y tal vez por el propio ejemplo de la voluntad insurreccional de Torres, iniciarían una revuelta ideológica que los conduciría hacia posiciones intelectuales radicales. Además de amplios grupos de las nuevas generaciones de estudiantes universitarios, dentro de esas posiciones también se hallaban reconocidos intelectuales de izquierda como Antonio García, Diego Montaña Cuéllar, Gerardo Molina y Jorge Zalamea, por citar los más renombrados.

Al año de la muerte de Torres Restrepo, en 1967, Fals Borda publicó un libro en su memoria, *La subversión en Colombia*, investigación que dejaba apreciar el surgimiento de un segundo período en su pensamiento. Dicho texto tuvo una rápida reedición en 1968, en inglés y en español, bajo el título *Subversión y cambio social*, en la que el autor reelaboró algunas de las interpretaciones políticas que había defendido en la primera edición. La necesidad de reeditar el libro a tan sólo pocos meses de su primera publicación puede entenderse como un síntoma

del acelerado proceso de radicalización intelectual del momento, que exigía obras de carácter más crítico o, si se quiere, de denuncia social. A su vez, tales rectificaciones políticas indican los ritmos personales de la revuelta ideológica del propio Fals, que lograron acelerarse tras el impacto moral que recibió con motivo del asesinato de Camilo Torres. Pero, ¿qué era exactamente lo que había cambiado en esa segunda edición, si al fin y al cabo las tesis y las evidencias empíricas del libro seguían siendo las mismas? Lo que había cambiado sustancialmente era la esperanza que Fals guardó hasta 1967 en un sector reformista del Partido Liberal, sector al que consideraba defensor de principios

Desde la aparición de La violencia en Colombia hasta finales de los años sesenta, Fals Borda realizó algunos virajes ideológicos que lo fueron transformando políticamente en un intelectual radical.

democráticos y dispuesto a ejecutar los cambios que el país requería. “Pero los acontecimientos señalaban rumbos distintos”, afirmaba Fals Borda en el prólogo a la segunda edición, al estrellarse con la evidencia de que ese sector del liberalismo también actuaba contradiciendo los principios democráticos de los que se afirmaba portador. Por eso, revolcándose de rabia, Fals Borda diría a renglón seguido:

Durante el curso del año de 1967 se empezó a advertir que la temida posibilidad de que [ocurriera] la entrega claudicante de las antielites mencionadas (no de todas las masas que le habían seguido) podía tener lugar. En efecto, incapaces de llevar a su plena realización lo que voceaban –y sujetos a señuelos y prebendas difíciles de resistir– los “grupos renovantes” de los partidos tradicionales (con alguna honrosa excepción) decidieron dar una humillante marcha atrás en su corta rebelión. Pronto perdieron efectividad como grupos clave del impulso hacia el nuevo orden social que decían buscar, y se dejaron sorber por los caudillos y gamonales antiguos, dejando un vacío político en el país (Fals Borda, 1968: 14).

Semejante irritación puede leerse como expresión del sentimiento de frustración que cundiría entre amplios sectores intelectuales y del estudiantado en general durante el Frente Nacional. Obras como *Colombia:*

país formal y país real (1962) de Diego Montaña Cuéllar, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* (1963) de Mario Arrubla, *Petróleo, oligarquía e imperio* (1968) de Jorge Villegas, *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1970) de Fals Borda o *El poder político en Colombia* (1973) de Fernando Guillén Martínez estarían todas imbuidas del mismo espíritu de desilusión democrática que atravesaba como un hilo rojo a *Subversión y cambio social*. Simplificando los contenidos de todos estos libros, podría decirse que sus interpretaciones estaban orientadas por una conciencia nacionalista y antiimperialista. Y por la idea de que la élite colombiana había demostrado ser incapaz de vivir a la altura de los ideales de la democracia liberal. Argumentaban, además, que lo anterior era así por los compromisos que la burguesía sostenía con el poder latifundista y por la situación de dependencia neocolonial en la que se hallaba el país dentro del orden económico internacional. Estas ideas eran, quizá, el axioma de los científicos sociales radicales de la época. Esto último no sólo se aplica a Colombia, sino también al resto de América Latina: recuérdese que este es el período en que tendría auge la teoría de la dependencia.

Durante los años setenta esos textos fueron muy leídos, tanto que formaron parte de una interpretación alternativa de la sociedad colombiana. Se trataba de una interpretación contrahegemónica, algo pesimista, es cierto, pero que competía de modo eficaz con la historia oficial imperante en la época. Visto en retrospectiva, *Subversión y cambio social* fue uno de los textos que mejor expresó el sentimiento de frustración que se apoderó de la generación intelectual a la que pertenecía Fals Borda. En su libro, el sociólogo afirmaba que la razón que lo motivó a escribirlo era la de tratar de entender el sentido de las sucesivas frustraciones del destino histórico del pueblo colombiano, y el papel que en ellas han jugado —y juegan— las diversas generaciones. Y agregaba:

Así, en mi caso, debía preguntarme cuál es o debe ser la función de la generación de “la violencia”, aquella nacida entre 1925 y 1957 [...], especialmente la del grupo que llegó a la adolescencia hacia 1948 y que sufrió en carne propia el desastre nacional por todos recordado. ¿Qué se espera de ella en la presente coyuntura histórica? Camilo Torres Restrepo, portavoz de esa promoción nacional, había muerto hacia poco: el sentido de su vida rebelde y el ejemplo de su muerte desafiante dramatizaban la urgencia del estudio que desde entonces me proponía (Fals Borda, 1968: 13).

Un resumen de las ideas contenidas en *Subversión y cambio social* puede servir de índice sobre el sentido de la frustración democrática del momento, además de informar acerca de las ideas que el autor venía

desarrollando sobre el proceso histórico colombiano. Fals Borda propone el vocablo *subversión* como concepto sociológico, que define de manera positiva, como una situación que revela la contradicción de un orden social, en los momentos en que nuevas utopías de cambio social entran a chocar con los elementos tradicionales del orden dominante. Así, además de entenderse la *subversión* como un derecho de los pueblos para luchar por su libertad y autonomía, se entiende también como un período de transición que puede traer consigo cambios, desarrollos o revoluciones, dependiendo del compromiso y la constancia de los elementos subversivos. Tales elementos subversivos serían todos los que se oponen a las instituciones tradicionales, entre ellos, los agentes *disórganos*, definidos como el conjunto de sujetos sociales insurgentes: intelectuales, políticos, antielites, partidos revolucionarios, guerrillas, sindicatos, campesinos, estudiantes, entre otros, que pueden mantener un accionar rebelde encaminado a cambiar el orden tradicional. Sin embargo, existirían también procesos de captación (cooptación) en los que los agentes *disórganos* podrían ser asimilados por los grupos dominantes tradicionales. En su opinión, los más propensos a la captación serían las antielites, que mostrarían una tendencia a institucionalizarse a través de prerrogativas y concesiones similares brindadas por las elites del viejo orden. Así, pues, este fenómeno de captación podría llegar a debilitar la subversión hasta terminar por frustrarla en su intento revolucionario, pero no en su intento de cambio social, ya que en todo caso este último llegaría a darse en virtud de la presión social que ejercería la compulsión subversiva. (Cabe acotar que muchas de estas tesis serían desarrolladas a escala latinoamericana en otro libro que Fals Borda escribió paralelamente, en 1968, bajo el título *Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1908-1968*).

Según Fals Borda, en la historia de su país habrían existido cuatro períodos de subversión que a su vez produjeron órdenes sociales distintos. De tal suerte que la historia de Colombia estaría cruzada por una larga sucesión de frustraciones que habrían dejado, hacia finales de los años cincuenta, un orden social burgués de tipo oligárquico. A este sistema social, formalizado en el Frente Nacional, lo habría confrontado la cuarta subversión: la contenida en la utopía del nuevo socialismo pluralista, cuyo representante disórgano modélico sería Camilo Torres Restrepo. A pesar de que esta filosofía de la historia entiende el pasado colombiano como un rosario de frustraciones, llega a introducir en su modelo interpretativo un enfoque que rompe con cualquier pesimismo inmovilizador. Fals Borda, tal como proclamaba Mariátegui, empezaba a asumir su vida intelectual de manera peligrosa. Sin miedo a los riesgos que esto podría implicar, Fals Borda explícitamente sostiene

que utiliza un enfoque teleológico. Así, valiéndose del estudio histórico que expone en la primera parte del libro, al final proyecta esos elementos del pasado hacia el futuro, buscando anticiparse analíticamente a los hechos del porvenir. Defiende que las metas utópicas contenidas en la subversión del neosocialismo pluralista podrían descomponer el orden del Frente Nacional, hasta llevar a la sociedad colombiana a un quinto orden, el del neosocialismo revolucionario.

No obstante, lo anterior estaría condicionado por múltiples variables y factores que, de no ser superados, podrían llevar a una nueva frustración. Fals sostiene que luego de promediar los años sesenta no habrían aparecido nuevas antielites con un verdadero compromiso revolucionario. Decepcionado ante ese panorama, su mirada se dirige entonces hacia el poder transformador de las clases subalternas: “El análisis social e histórico –afirma– tiende a demostrar que sólo los movimientos genuinamente populares pueden garantizar cambios significativos en Colombia”. Para luego terminar concluyendo: “Algo inusitado podrá ocurrir: que, a falta de otro liderazgo, el pueblo mismo produzca espontáneamente sus propios dirigentes. La creación de esta ‘antielite popular’ sería uno de los actos más decisivos de la subversión neo-socialista” (Fals Borda, 1968: 166). El autor comprendía –y esto guiaría su compromiso político en adelante– que la constitución de una democracia fuerte y profunda, tanto en Colombia como en el resto de América Latina, necesariamente debía pasar por una revolución desde abajo.

Ahora bien, si volvemos la mirada un poco atrás, podríamos observar hechos que indican en qué circunstancias se dio en la práctica este viraje radical de Fals Borda. En abril de 1966, a un mes de la muerte de Camilo Torres, Fals Borda utilizó el recurso de una comisión de estudios para alejarse por un tiempo prudencial de la Universidad Nacional. Al parecer, tal decisión estuvo motivada por la reciente desaparición de Camilo, que lo afectó emocionalmente hasta conducirlo a un proceso de reflexión interna que, como ya vimos, se tradujo en la escritura de *La subversión*. El libro lo había elaborado paralelamente a las clases que impartía en las universidades de Wisconsin y Columbia, en Estados Unidos, y al tiempo que ayudaba a coordinar la recién fundada *Revista Latinoamericana de Sociología*, cuya sede estaba en Buenos Aires. La revista había sido creada en 1965 y en su comité coordinador también participaban figuras como Gino Germani, Torcuato Di Tella, Luis A. Costa Pinto, Aldo Solari, Pablo González Casanova, José Medina Echeverría, Eliseo Verón, para mencionar algunos de los personajes más descollantes de la moderna sociología latinoamericana. La concentración de tales intelectuales en un órgano como aquel obedecía al intento de afianzar a escala latinoamericana

la sociología como disciplina especializada, algo que se venía haciendo en Colombia y en otros países de la región, principalmente desde Chile con la fundación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) desde 1957. Cabe señalar que la participación de Fals Borda en esa revista, así como su constancia en la organización de los congresos latinoamericanos de sociología, revelan que se trataba, efectivamente, del científico social colombiano que más diálogo tenía con comunidades académicas extranjeras.

Dedicado a esas actividades, pues, fueron transcurriendo los meses, y lo que en principio fue una salida temporal de la Universidad Nacional se prolongó más y más. En 1967, Fals Borda regresó a Colombia a presidir la organización del II Congreso Nacional de Sociología, pero sin reincorporarse a la universidad. Para esa época, el ambiente político de la universidad le era adverso, pues los estudiantes más inconformes de la Carrera de Sociología lo señalaban como un agente del imperialismo estadounidense. Por las consecuencias que traería este choque entre la orientación científica renovadora que lideraba Fals Borda y las ideas que rápidamente manifestaron sus críticos vale la pena detenerse un poco en este asunto. A partir de 1965, estudiantes de diversos países sudamericanos iniciaron una campaña de denuncia, con pruebas sólidas, sobre la existencia de un proyecto de inteligencia a cargo de la CIA en las universidades de la región con el objetivo de estudiar las causas que motivaban la subversión en Latinoamérica: se trataba del Plan Camelot. Financiado con más de cinco millones de dólares, el Plan Camelot contaba con la participación de científicos sociales estadounidenses y con la colaboración de otros latinoamericanos (Franco, 2007: 77-84).

El conflicto por el asunto Camelot contribuyó a generar una fuerte resistencia contra los sociólogos que se habían formado dentro de los marcos de referencia de la sociología estadounidense. Al respecto, es muy famoso el caso de Gino Germani en Argentina, que fue objeto de fuertes críticas por la difusión que hacía de la obra de Talcott Parsons (Jaramillo, 2003: 236). Asimismo, la hostilidad estudiantil que se dirigió contra Fals Borda tenía su base en la formación científica que este sociólogo recibió en Estados Unidos, en la financiación que consiguió a través de fundaciones como la Ford y la Rockefeller para proyectos de la Facultad de Sociología, en sus investigaciones influidas por el estructural-funcionalismo, en los vínculos que sostuvo con el primer gobierno del Frente Nacional, e incluso en su fe religiosa protestante. Es así que Fals Borda era percibido como un individuo sospechoso ante los ojos de un estudiantado particularmente hipercrítico. De allí que la celeridad con que se habían sucedido los cambios en

la sociedad en general y en las ideas políticas entre los estudiantes, en particular, presentó una especie de prematuro choque generacional en el que las innovaciones intelectuales que Fals Borda había emprendido de un momento a otro comenzaron a aparecer como reaccionarias. Sin embargo, para ese entonces, Fals Borda había dejado atrás el modelo estructural-funcionalista, y se identificaba con enfoques interpretativos que buscaban explicar el conflicto social: entendía la sociedad como un sistema en el que se advertía la existencia de fuerzas que interactuaban en disputa por el poder, unas por conservar un orden existente y otras por imponer algo nuevo. En realidad, Fals Borda no seguía ninguna escuela en particular: desde muy temprano había demostrado que una de sus características intelectuales más sobresaliente era la heterodoxia con que manejaba las teorías. Justamente, esa actitud intelectual ayudaría a explicar, por un lado, su capacidad para formular nuevos conceptos y, por otro, la desconfianza que podía generar en una época de grandes dogmatismos.

Sea como sea, lo cierto era que Fals estaba renovando sus lecturas y las interpretaciones que tenía sobre la sociedad. Aunque seguía haciendo uso de los sociólogos con los que se había formado (Robert Merton, Charles Cooley, entre otros), ahora también demostraba lecturas de obras de Sorokin, Marx, Weber, Mannheim, Mariátegui, Wright Mills, de los autores que desarrollan la teoría de la dependencia e, incluso, del anarquista Gustav Landauer. Pero esa auto-renovación intelectual parecía no ser apreciada por muchos de sus contradictores, pues dentro de la mentalidad maniquea de la época simplemente se lo señalaba como un enemigo, promotor del imperialismo yanqui en Colombia. En 1968, en cierta medida influido por la hostilidad que se cernía sobre él, tomó la decisión de coger sus maletas y marcharse a Suiza para desempeñar el cargo de director del área de estudios del Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, UNRISD. Entretanto, en la Carrera de Sociología cobró fuerza un movimiento de alumnos y profesores que denunciaban la educación técnica y empirista que según ellos se impartía, la abundancia de profesores extranjeros, la dependencia financiera de las investigaciones respecto de entidades norteamericanas y la baja calidad de un programa que, según también se afirmaba, en vez de formar verdaderos científicos sociales los hacía auxiliares de expertos internacionales. Lo anterior fue denunciado por profesores de la Carrera de Sociología en la ponencia “Neocolonialismo y Sociología en Colombia: un intento de respuesta”, presentada en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología, según AFCH de 1968.

Vistas las cosas bajo la luz del presente, esas críticas resultarían exageradas pero no del todo infundadas, pues hay que tener en

cuenta la histeria colectiva que contribuyó a generar el intervencionismo estadounidense con sus políticas de Guerra Fría. En todo caso, no deja de ser curioso, como mínimo, que quienes rechazaban la orientación que Fals Borda le había dado a la sociología en Colombia, con el argumento de que los métodos, técnicas y teorías que promovía servían para el control estadounidense en la región, no pensaran que esos mismos enfoques fueran útiles para investigar la sociedad desde su propio punto de vista. Tal como decía Jean-Paul Sartre en 1960 a propósito del enfoque sociológico norteamericano: “Si es un arma eficaz —y ha probado que lo es—, es que de alguna manera es verdadero; y si está ‘en

Fals Borda no seguía ninguna escuela en particular: desde muy temprano había demostrado que una de sus características intelectuales más sobresaliente era la heterodoxia con que manejaba las teorías.

manos de los capitalistas’, es una razón de más para arrancársela y para volverla contra ellos” (2004: 67). Pero la intransigencia intelectual reinante llevaba implícitamente a suponer que ese enfoque científico era solamente útil para los estadounidenses y sus agentes de penetración en cada uno de los países latinoamericanos. La verdad es que la crítica antiimperialista pasaba por alto el hecho de que cuando se escogió la orientación sociológica con la que nació la Facultad las alternativas políticas eran muy diferentes a las que luego se presentaron, en especial tras el viraje socialista de la Revolución Cubana.

Como quiera que sea, en menos de una década, la facultad que Fals Borda fundó consiguió colocar las bases de la sociología como disciplina científica en Colombia. Logró, por ejemplo, establecer los estudios de campo, las técnicas y los métodos de investigación. Incorporó de manera rigurosa la teoría en el análisis social. Defendió la libertad de cátedra, la independencia y la imparcialidad académica. Promovió las investigaciones a través de entes creados para tal fin, e hizo de la disciplina, en los años sesenta, la punta de lanza de las ciencias sociales, ajustándola dentro de los patrones científicos internacionales. De ese modo, se logró difundir resultados investigativos con mucho éxito, a tal punto que involucró a los sociólogos en debates públicos de alcance nacional y, además, se consiguió que los profesionales en

sociología tuvieran alguna injerencia en las políticas estatales, es decir, llevó a la sociología hacia ámbitos extrauniversitarios (Cataño, 1986: 29-37). Con todo, y pese a que los sectores más críticos de la época no lo reconocieran, llegaron a promoverse estudios de carácter nacional y se intentó, por medio del posgrado (PLEDES), absorber los avances del resto de los programas de sociología de América Latina, algo que en ese momento sólo hacía la FLACSO.

Finalmente, esta batalla fue ganada por el grupo de profesores y estudiantes que impugnaban el programa de sociología que Fals Borda había organizado. De tal suerte que el que puede ser hoy considerado el fundador de la sociología profesional en Colombia quedaría excluido del principal centro de formación e investigación sociológica del país. Mientras tanto, Fals Borda continuaría su obra intelectual y política desde ámbitos extrauniversitarios, convirtiéndose quizá en una especie de decano sin decanatura o, mejor dicho, en un decano exiliado de su decanatura, en un decano errante. La situación de exiliado del principal centro sociológico colombiano contribuiría, por un lado, a que Fals Borda hiciera más fuerte su diálogo con intelectuales extranjeros y, por otro, a que se lanzara al trabajo de campo en diversas regiones colombianas. Esto último lo llevaría a involucrarse en las movilizaciones campesinas que empezaron a emerger con gran fuerza a principios de los años setenta. Los sucesos en que Fals participaría en los años siguientes no dejan incertidumbre sobre su compromiso con las causas de los más excluidos. Sus prácticas sociales, su articulación vigorosa con los movimientos sociales y, en general, sus virajes teóricos y metodológicos permitirían apreciarlo como un intelectual disidente o *intelectual disórgano*, para decirlo en sus propios términos.

La dimensión romántica

A finales de 1969, al regresar de Suiza, Orlando Fals quedó muy entusiasmado tras una breve temporada que pasó en Cuba. En una carta que le escribió a un amigo le comentó:

Mi última visita a Cuba fue un gran éxito. Dicté dos cursillos en la Universidad de La Habana, uno para profesores y otro para estudiantes de ciencias sociales. Sociología (creado como departamento hace siete meses) está tomando gran impulso y les acaban de dar un edificio de tres pisos para desarrollarse. Además, los cubanos se harán presentes al IX Congreso Latinoamericano de Sociología en México (mi sección), lo que me tiene muy entusiasmado. Como ves, mientras más voy a Cuba, más me gusta (Fondo Orlando Fals Borda, Universidad Nacional de Colombia).

Tal como lo comentó García Márquez en una entrevista hace algunos años: “La definición de un intelectual de izquierda latinoamericano se convirtió en la defensa incondicional de Cuba” (Castañeda, 1993: 218). Y a finales de los años sesenta Fals Borda, como intelectual de izquierda que era, también participó de ese movimiento. Es así que al regresar a Colombia sus convicciones ideológicas fueron puestas en práctica tanto en el terreno intelectual como en el político. A principios de 1970, por ejemplo, consiguió la personería jurídica de una organización de carácter científico-político que tenía como objetivo acompañar las luchas reivindicativas de los trabajadores, tanto del campo como de la ciudad. Se trataba de La Rosca de Investigación y Acción Social. Rápidamente, La Rosca tuvo una expansión espectacular entre varios movimientos sociales de Colombia. La investigación social que promovía y su acompañamiento en las acciones colectivas de las bases populares la alimentaron de un dinamismo que motivó a sus integrantes a profundizar en teorías críticas como la marxista.

En 1972, el Comité Ejecutivo de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) invitó a los miembros de La Rosca a trabajar con el sector más radicalizado de este movimiento en la región Caribe. Fals Borda, en lo que significó un retorno a su tierra de origen, se trasladó con su equipo de investigadores para iniciar inmediatamente una labor educativa en historia y política entre el campesinado por medio del Comité de Educación de la ANUC y a través de otras fundaciones articuladas con La Rosca. Este fue un período de gran auge en las luchas campesinas en Colombia. Vinculado con ellas, Fals Borda pudo ir construyendo en la práctica las técnicas y métodos de investigación que empezaba a esbozar con sus colegas de La Rosca, bajo el nombre de “participación inserción”, y que luego se conocerían como la Investigación Acción Participativa (IAP) (Parra Escobar, 1983: 53-72). Tal vez el libro que mejor registra los alcances de la sociología militante que Fals Borda promueve en estos años sea *Causa popular, ciencia popular. Una metodología del conocimiento científico a través de la acción*, publicado en 1972. En ese texto, Fals Borda propone una ciencia social activa, ligada a las luchas de las organizaciones populares, que implicaba un diálogo de saberes entre el investigador y los sujetos sociales estudiados. Por esa época, en 1974, junto con otros intelectuales como Gabriel García Márquez, Fals Borda también participó en la creación de la revista *Alternativa*, que sería un intento audaz de periodismo moderno, interesado en convocar y poner a dialogar a los distintos grupos de izquierda de Colombia.

Estas y otras experiencias político-académicas, de las cuales no damos cuenta en su totalidad por cuestiones de espacio, fueron

sistematizadas por Fals Borda en su propuesta de Investigación Acción Participativa. Para esta maduración de la IAP, fue igualmente importante la labor que Fals Borda emprendió en la creación de la Fundación para el Análisis de la Realidad Colombiana (FUNDARCO). Esta fundación asesoró y financió diversos proyectos de investigación social, al tiempo que preparó el Primer Simposio Mundial de Investigación y Acción Participativa en 1977, evento que serviría de plataforma para lanzar internacionalmente el emergente paradigma metodológico que Fals Borda venía construyendo en el terreno. Fruto de estos años también fue la creación de la editorial Punta de Lanza, fecunda promotora y difusora de estudios sociales, económicos y políticos, realizados por renombrados intelectuales críticos de la época, tanto colombianos como extranjeros.

Como resultado de estas experiencias, entre otros escritos, Fals Borda escribió “Por la praxis. El problema de cómo investigar la realidad para transformarla”, texto elaborado para el primer Simposio Mundial de la IAP. Allí el autor expuso una síntesis de sus experiencias políticas y científicas de los últimos años, a la vez que expuso las bases epistemológicas del método de Investigación Acción Participativa. Pero si ese texto llegó a expresar el compromiso político y científico de Fals Borda con los movimientos sociales, de igual modo existe un hecho que sintetiza los alcances que tuvo su praxis política durante los años setenta. A principios de 1979, él y su esposa María Cristina Salazar fueron encarcelados por el gobierno de Julio César Turbay (1978-1982), tras haber sido acusados de colaborar con el movimiento guerrillero M-19. Los cargos que pesaban sobre ellos los relacionaban con uno de los golpes más intrépidos que ha dado una organización guerrillera en Colombia. Nos referimos a los cerca de 5 mil fusiles que sustrajo ese movimiento insurgente de un cantón militar al norte de Bogotá el 3 de enero de 1979 (*El Espectador*, 24 de enero de 1979: 4).

Si bien Fals Borda fue arrestado varias veces a principios de los años setenta –por colaborar con campesinos en tomas de tierra–, esta vez la situación fue más complicada, puesto que para finales de los años setenta en Colombia regía un “Estatuto de Seguridad” tan represivo que recordaba los gobiernos autoritarios de la década del cincuenta. Tal “Estatuto de Seguridad” era la variante colombiana de los regímenes de seguridad nacional de las dictaduras de los países del Cono Sur. Lo que pasó fue lo siguiente: a pocas semanas del robo de las armas, el Ejército halló 3 mil de ellas en una casa-lote perteneciente a María Cristina Salazar de Fals. La casa había sido adquirida por la socióloga unos meses antes del robo. Por tal razón, ella, junto con otro buen puñado de sindicatos, fue arrestada. Fals Borda fue puesto en libertad a las pocas semanas ya que no se encontraron pruebas en su

contra, mas no sucedió lo mismo con su esposa, quien tuvo que pasar cerca de un año y medio en prisión, tras comprobarse que la casa donde fueron encontradas las armas era de su propiedad (*El Espectador*, 9 de agosto de 1979; *El Tiempo*, 28 de marzo de 1980).

A principios de 1980, María Cristina Salazar recobró la libertad gracias al apoyo que Fals Borda consiguió entre amplios sectores intelectuales, nacionales y extranjeros, quienes presionaron por su liberación. En adelante, al tiempo que ambos continuaron apoyando las movilizaciones populares de los años ochenta –reivindicaciones cívicas y urbanas que por entonces habían tomado gran auge–, concentraron también sus actividades en la defensa de los derechos humanos y la democracia y en actividades científicas. Durante todo ese período Fals Borda no dejaría de escribir. Además de sus múltiples artículos y ponencias, publicaría los textos *Historia de la cuestión agraria en Colombia* (1975) y *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la Costa Atlántica* (1976), que serían la antesala de la que puede considerarse su obra más importante: los cuatro tomos de *Historia doble de la Costa*. En 1979 publicó el primer tomo bajo el título de *Mompox y Loba*, al que lo siguieron *El presidente Nieto* (1981), *Resistencia en el San Jorge* (1984) y *Retorno a la tierra* (1986). Decimos que esta es su obra más importante no sólo por ser la de mayor influencia en Colombia, sino porque en ella se sintetiza de manera global la mayoría de los aprendizajes científicos y políticos que Fals Borda tuvo desde los años cincuenta.

La *Historia doble de la Costa* es quizás uno de los secretos mejor guardados de la sociología latinoamericana, una obra que inexplicablemente ha sido desconocida más allá de las fronteras colombianas. Se trata de una obra de sociología histórica escrita desde el punto de vista de los vencidos, campesinos de la región Caribe colombiana. En ella los protagonistas de los hechos tienen la posibilidad de contribuir con la narración e interpretación de sus propias acciones. Los cuatro tomos están escritos de una manera polifónica, donde se intercalan las voces del autor con las de los sujetos investigados, al modo de un canto coral, música en la que Fals Borda era experto. Cada uno de los libros contiene números de páginas que se repiten, como si se tratara de un casete magnetofónico con sus lados A y B. Del lado izquierdo están las páginas 1A, 2A, 3A, y así sucesivamente, mientras que en la parte derecha están las páginas 1B, 2B, 3B. Las páginas del lado A contienen un relato descriptivo, construido con artificios literarios y en tono etnográfico, repleto de anécdotas que sirven para recrear de manera viva y vibrante el ambiente social del que se habla. En cambio, las páginas del canal B incluye un discurso comprensivo que en ocasiones resume el canal A, exponiendo además interpretaciones

teóricas y conceptos, metodologías y usos de técnicas de investigación, además de fuentes primarias y bibliografía.

Ambos canales se complementan el uno con el otro y pueden leerse de manera simultánea o de corrido. Si el lector opta por la primera estrategia de lectura encontrará en el camino unos llamados de atención representados por las letras A, B, C y D, que sirven para indicar que se está frente a un tema importante, que puede ser profundizado en el otro canal de páginas, donde también se hallan resaltadas las letras A, B, C y D. Asimismo, el lector puede optar por leer cada canal de manera independiente, por capítulos, o de un solo jalón hasta el final de cada tomo. Si se opta por esta segunda alternativa, puede tenerse la idea de que el canal A contiene una especie de novela histórica, mientras que la parte B expone un libro de sociología histórica. Ahora bien, el diseño de esta estructura narrativa se explica en la necesidad que tenía el autor de crear una obra de fácil acceso para un lector no iniciado en la disciplina sociológica. Fals Borda quería que sus libros pudieran ser leídos por los campesinos sobre los que había escrito, quienes, dicho sea de paso, a través del método de Investigación Acción Participativa, también contribuyeron con la escritura de los textos. Es así que el lector no profesional puede ir accediendo a la lectura de los libros poco a poco, desde la parte más descriptiva y literaria del lado A, hasta la más compleja que contiene el lado B. Además, los libros están ilustrados con fotografías, mapas, dibujos y pinturas de época que, junto con estrofas de poesía y música popular, sirven para hacer más sencilla y amena la lectura. Es el caso, por ejemplo, del zoomorfismo que Fals Borda emplea en sus metáforas, que le permite, a través de figura de animales del entorno campesino estudiado, representar diversos fenómenos sociales.

En muchos sentidos, la estructura narrativa de la *Historia doble de la Costa* recuerda varias obras literarias, como, por ejemplo, *Rayuela* de Cortázar, no sólo por las reglas de lectura que proponen ambos autores, sino también porque los dos logran que el lector se involucre de manera lúdica y activa en la narración. Esta obra también podría compararse con *Las aventuras de Huckleberry Finn* de Mark Twain, por los recorridos que Fals Borda realiza no ya por el río Misisipi, como el pequeño Huck, sino por el Magdalena y otros afluentes y ríos, caños, pueblos, lagunas y llanos, en las rutas de una investigación que se adentra por el mundo anfibio de los campesinos y pescadores de la costa colombiana. Al igual que en el libro de Huck, que es un canto a la libertad escrito con buen humor, Fals cuenta sus peripecias y las de los campesinos de manera jocosa, como si se tratara de un viajero que porta consigo un diario de campo, en el que

se describen y analizan las experiencias históricas de una sociedad rural que persigue su liberación, en resistencia constante contra el capitalismo. Pero tal vez el libro con el que mejor cabría una comparación, por su carácter híbrido entre ciencia y literatura, sea aquel de Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Escritos ambos dentro del tono de la música popular del Caribe, comparten también una búsqueda por la identidad de una sociedad, que transcurre paralela a una profunda reflexión sobre la cultura. Además, mientras el libro de Ortiz recuerda el ritmo del contrapunteo en Cuba, Fals hace lo propio con el ritmo de la piquería vallenata, que

***La estructura narrativa de la
Historia doble de la Costa recuerda
varias obras literarias, como, por
ejemplo, Rayuela de Cortázar.***

también consiste en un duelo de voces que se enfrentan a través de un tono burlón y satírico. Mejor dicho: el que no haya leído la *Historia doble de la Costa* no sabe de lo que se ha perdido.

Como quiera que sea, lo más importante de la *Historia doble* no está tanto en su estructura narrativa como en su contenido, que es en definitiva lo que define el estilo de ese texto. Como corresponde a las grandes obras clásicas, aquí el estilo está en función del tema. Y en este caso el tema son comunidades campesinas que resisten el proceso de desintegración que trajo consigo la profundización del capitalismo durante el siglo XX en el campo colombiano. He ahí el porqué del estilo didáctico y pedagógico de esta obra, que intenta estar en correspondencia con las expresiones de la cultura popular de los campesinos estudiados. Y esto lo hace siguiendo el objetivo de devolverles a ellos el conocimiento de su propia historia, desde el pasado indígena hasta la actualidad, para que todas esas experiencias sirvan de base en las acciones contrahegemónicas del presente y el porvenir. La visión de la historia que Fals expone se alimenta de la resistencia contra la expansión capitalista que expresan las comunidades campesinas. Fals Borda no piensa al capitalismo como un fenómeno inevitable, sino reversible en sus aspectos más desastrosos por medio de la defensa de las tradiciones colectivistas y cooperativistas en riesgo de desaparición. Al

respecto, en una parte de *Retorno a la tierra* (Tomo IV), se pregunta: “¿Podemos ahora detener las tendencias negativas del actual ‘desarrollo’ como simple crecimiento, homogeneización y modernización urbana?” (1986: 209). Para luego responder lo siguiente:

Participación pluralista y poder y contrapoder popular así concebidos se alimentan de una idea existencial: la de *vivencia*, esto es [...] aprender a vivir y dejar vivir en contextos totales, idea tan querida para nosotros los costeños que aparece como *leitmotiv* en esta obra. Con esta vivencia no se aspira al poder para controlar a otros y dominar con la fuerza bruta o con las balas, sino para gobernar guiados por consensos y en democracia directa, para defender el derecho de ser diferentes, oír voces y tolerar opiniones distintas, así sea necesario dismantelar activamente los centros actuales del poder violento, la corrupción, la manipulación y el monopolio. Significa una defensa de valores sustanciales enraizados en la praxis original y la relación cósmica con la naturaleza, en la vida comunal y cooperativa y en el respeto al ser humano como tal, valores como todavía nos quedan, por fortuna, en la Costa. Requiere menos de Maquiavelo y Locke y más de Kropotkin y Althusius, con remozado interés en venerables premisas anarquistas (en sentido filosófico) para equilibrar o combatir los poderes autocráticos de gobiernos y organismos centrales, de hombres de estado y dirigentes despóticos (Fals Borda, 1986: 222).

Fals Borda escribiría muchos textos con ese mismo tono de desprecio visceral contra el poder central, la autocracia y todos los males que consideraba producto de la modernización y del capitalismo, al tiempo que manifestaba un fuerte aprecio por ese mundo campesino que conoció en su juventud y que luego vería en riesgo de desintegración. Por eso, hasta el final de sus días defendió un rescate de las costumbres de ayuda mutua de la gente del campo, de los indígenas y de las comunidades negras, que contraponía al individualismo rapaz de la sociedad capitalista. Desde su propia formación cristiana, humanista y científica, para Fals Borda el capitalismo era un fenómeno inmoral, una especie de maldición diabólica y destructora, cuyo avance había que detener por medio de la defensa de los valores colectivistas autóctonos, o raizales, que también veía en riesgo de desaparición. Es en ese sentido que entendemos el anticapitalismo romántico de Fals Borda, no como una posición antimoderna, sino como una invitación de *retorno a la tierra*, a los valores positivos de la comunidad, haciendo de ellos la base de un tipo de sociedad socialista, participativa y pluralista.

Para entender mejor esta perspectiva política es conveniente detenernos un poco en lo que entendemos por romanticismo. En su libro *Revolución y melancolía*, Michael Löwy y Robert Sayre definen el romanticismo como un movimiento cultural que puede estar presente en todos los campos de las expresiones humanas, y no solamente en las artes y la literatura. Afirman que es posible encontrar el romanticismo en obras de ciencias sociales, economía, política, teología, etc., por cuanto se trata de una protesta cultural, con características especiales, contra la moderna civilización capitalista. De ahí que, aunque lo conciben como un movimiento cuyos orígenes pueden remontarse más o menos a la segunda mitad del siglo XVIII, también lo ven como una expresión que aún continúa desarrollándose, si bien puede asumir diversas denominaciones (Löwy y Sayre, 2001: 1-87). Según estos autores, el romanticismo consistiría en una vertiente que puede encontrarse junto a otras dimensiones anticapitalistas en las obras de ciertos pensadores. Se trataría de una querrela cultural con una perspectiva de fuertes bases morales y éticas, que expresa sentimientos de indignación por las consecuencias negativas que trae consigo la modernización capitalista. Tales querellas estarían orientadas contra los siguientes aspectos: el racionalismo, el positivismo, el burocratismo, el autoritarismo, el economicismo, la centralización del poder, el evolucionismo y las falsas ilusiones de progreso capitalista. Asimismo, aspectos concomitantes como el cálculo y el máximo beneficio monetario, el individualismo egoísta, el intelectualismo y la homogenización de la cultura también serían elementos atacados por el romanticismo. En definitiva, se trataría de una crítica que privilegia los elementos cualitativos de la vida frente a los cuantitativos o, lo que es lo mismo, los valores de uso por sobre los valores de cambio.

El romanticismo, en todo caso, no se ubicaría por fuera de la modernidad, pues ella misma es un producto, surgido de su seno como una dimensión contrapuesta, antitética. Así, entendida como un fenómeno de la modernidad, la corriente romántica presentaría una colorida multitud de tendencias que a efectos del análisis podrían ser divididas en dos grupos. Uno estaría representado por una fracción conservadora que, reclamando un pasado real o imaginario, pretendería una restauración de la sociedad. Por otro lado, estaría el grupo que, partiendo también de una nostalgia por un pasado real o ficticio, presentaría una disposición para elaborar utopías colectivistas, con el fin de proyectarlas hacia el futuro. Esta segunda corriente en realidad no pretendería un retroceso al pasado, algo que se tiene por imposible, sino una vuelta a los elementos positivos que formaban parte de la sociedad antes de la llegada del capitalismo, con el propósito de proyec-

tarlos hacia un futuro más democrático, cuando no socialista o anarquista. Esta segunda vertiente es precisamente la que nosotros vemos expresada en la obra intelectual que Fals Borda elaboró como producto del viraje radical que dio a mediados de los años sesenta, y del cual fue producto el libro sobre la subversión, que sería la antesala del romanticismo que expresaría poco tiempo después.

Precisamente esa dimensión romántica que cruza la obra de Fals Borda es la que la dota de cierta sensibilidad capaz de captar las voces de aquellos excluidos que generalmente no son tomados en cuenta por las ciencias sociales, ni mucho menos por los discursos oficiales hegemónicos. La apuesta falsbordiana es radicalmente basista, en el sentido de que privilegia las opiniones y aspiraciones de las bases populares, antes que las de cualquier teoría o partido político. Es en esa dirección que se orienta su reivindicación de una ciencia descolonizada y capaz de descolonizar las mentes, tanto de los grupos estudiados como de los mismos científicos sociales, todo a través de un diálogo sincero entre las partes. Es con esa visión de la labor científica, además, que Fals Borda se anticipa, en muchos sentidos, a los ahora en boga estudios subalternos y poscoloniales. Su apuesta por escuchar a esos otros que han sido subestimados o definitivamente ignorados no se limita solamente a la labor intelectual. Para él era importante llevar a la práctica las convicciones que tenía como científico social; por ello siempre, paralelamente a sus investigaciones, existía una práctica como intelectual público. Es así que en los años ochenta, en medio de la guerra sucia que acorralaba las acciones populares, lo veremos al lado de grupos que luchaban por la liberación de los presos políticos, contra el Estado de Sitio, el Estatuto de Seguridad, por una verdadera apertura democrática y contra la violación sistemática de los derechos humanos. Además, en esa misma década, Fals Borda fue un gran impulsor de organizaciones regionales de carácter reivindicativo, en las que se planeaba construir un movimiento nacional democrático, pluralista, de la periferia hacia el centro y del centro a la periferia.

De esa época son sus actividades en el proceso de organización de “Colombia Unida” y del Movimiento Popular, que intentaban agrupar a múltiples sectores que luchaban por un país más democrático, en un período nada fácil, en el que el terrorismo de Estado, el paramilitarismo y la violencia de los narcotraficantes mostraban sus acciones más ásperas. En medio de esas actividades, Fals Borda retornó a la Universidad Nacional de Colombia como investigador del Instituto de Estudios Políticos. Al mismo tiempo, fue elegido para participar en la creación de una nueva carta constitucional en Colombia, en 1991, donde intervino como miembro de la Alianza

Democrática M-19, grupo político surgido a partir la desmovilización de la guerrilla que llevaba un nombre similar. En la Constitución de 1991, Fals Borda colaboró a través de propuestas que recogían sus experiencias de estudios regionales. Elaboró un proyecto de Ley Orgánica Territorial que aún está pendiente de ser aprobado en el Congreso, y que tiene por objetivo ajustar la actual división política de Colombia a realidades históricas regionales, basadas en la identidad cultural, ecológica, geográfica, económica, etcétera. Todo por medio de unidades regionales autónomas, federativas, capaces de descentralizar el país. Asimismo, siguió trabajando por la conformación de una agrupación política orientada a unificar a los distintos grupos de izquierda de Colombia, por medio del Frente Social y Político que, en el año 2006, pasó a llamarse Polo Democrático Alternativo, del cual fue su presidente honorario hasta el día de su muerte.

A modo de conclusión

“Fals Borda, afortunadamente, no sólo es un sociólogo. A él, como dijera alguien, *le duele* la patria”, señalaba el escritor Francisco Zuleta en una de las primeras reseñas sobre *El hombre y la tierra en Boyacá* (*El Tiempo*, 2 de febrero de 1958: 3). Ese sentimiento de dolor que Fals Borda revelaba resulta sorprendente por cuanto sus primeras obras declaraban un distanciamiento científico respecto del objeto estudiado. Sin embargo, Fals Borda dejaba traslucir un perfil intelectual y humano caracterizado por una obligación moral para con los menos favorecidos. Durante la trayectoria intelectual que en adelante proseguiría Fals Borda asumiría otras perspectivas teóricas, metodológicas y políticas, pero la estructura de valores que lo habían formado sólo cambiaría para fortalecerse aún más. Es así que, cincuenta años después, uno de sus discípulos más importantes, el sociólogo Alfredo Molano, diría lo siguiente: “Su enseñanza no se limitó a decirnos qué era el pueblo sino que nos abrió la puerta para sentirlo, vivirlo, *dolerlo*” (*El Espectador*, agosto de 2005).

Al subir al primer tren de su carrera intelectual, Fals Borda llevaba dentro del equipaje un cofre donde portaba las nociones morales que orientaron sus pensamientos y acciones personales. Cuando se plegó al estructural-funcionalismo y demás perspectivas ideológicas relacionadas, como el desarrollismo y la modernización, estas debieron pasar primero por los filtros de las convicciones morales que lo habían alimentado a través de su educación cristiana protestante, influida por ideales democráticos y filantrópicos. La voluntad moral que lo animaba estaba atada a la idea cristiana de la redención, a la idea de redimir a quienes padecen la adversidad. Esta era una especie de ideología del

sacrificio, atravesada por una pasión por el servicio social, la responsabilidad colectiva y el deber individual. De esa manera, el idealismo moral en que se apoyaba lograría colorear las otras ideologías que fue absorbiendo a través de su itinerario intelectual.

Al mezclar todos esos elementos ideológicos, Fals Borda imprimiría en sus obras una marca personal. Esta postura particular determinaría la no clausura del círculo político liberal que rodeaba su mente, y definiría el perfil intelectual y humano con el que se proyectaría en los escenarios públicos de Colombia y América Latina en años posteriores. Se trata de cierta cualidad humana que Roberto Briceño-León y Heinz Sonntag, refiriéndose a los sociólogos latinoamericanos de la segunda parte del siglo XX, han denominado como el “dolerse del dolor del otro” (Briceño-León y Sonntag, 1998: 12-13); sentimiento que estaría relacionado con cierta actitud de reclamo ante la injusticia social. Según Briceño-León y Sonntag, dado que por lo general los sociólogos latinoamericanos han sido individuos de clase media o de grupos económicos más elevados, el malestar que han podido expresar ante las inequidades no ha provenido de la propia experiencia de tales inequidades, sino de observarlas en otros sectores sociales. Así, la empatía con los que nada tienen es lo que se definiría como *el dolerse del dolor del otro*.

Muchos de estos sociólogos, presionados por la realidad de sus propios países, fueron capaces de contradecir no sólo los discursos que imponía el sentido común dominante, sino también las ideas más conservadoras que proporcionaban las teorías que traían como bagaje para sus investigaciones. Es así que la descripción cuidadosa y empírica que les posibilitaron las técnicas y métodos sociológicos que hallaron a su alcance, al tiempo que les sirvieron para lograr un acercamiento más riguroso a la sociedad, los llevó a refutar muchos de los postulados de los enfoques teóricos que habían aprendido. Lo anterior no sólo lo ilustra el caso de Fals Borda. Fernando Henrique Cardoso, por ejemplo, cuenta que durante sus primeras investigaciones intentaba mostrar el papel innovador de los empresarios nacionales para el desarrollo de Brasil. Sin embargo, “los datos recogidos chocaban con los cuadros de referencia ideológica, pero también porque en la época de las encuestas [...] las condiciones políticas del país habían agudizado la lucha de clases. Parte considerable del empresariado nacional conspiraba claramente con los grupos extranjeros” (citado en Osorio, 1995: 44).

Serían precisamente observaciones como esas, que estaban mediadas por la propia realidad, las que llevarían a cuestionar las premisas desarrollistas y los referentes conceptuales que brindaba el enfoque estructural-funcionalista, o ciertas versiones marxistas que

defendían a las burguesías nacionales como vanguardias para el desarrollo. En cualquiera caso, es a partir de experiencias investigativas como esas que Cardoso realizó su propuesta teórica sobre la dependencia –cosa distinta es que años después renegara de sus innovaciones en ese sentido–.

Asimismo, Florestan Fernandes, quien inició sus investigaciones con estudios funcionalistas, llegaría a demostrar que el supuesto éxito de la integración social que había generado el mestizaje en Brasil no era más que una fantasía que escondía el racismo de la sociedad de ese país. Luego Fernandes pasaría a vincularse con el

Fals Borda, afortunadamente, no sólo es un sociólogo. A él, como dijera alguien, le duele la patria.

marxismo, desde donde aportaría elementos para una sociología militante, estudiosa del fenómeno del eurocentrismo, el imperialismo y la dependencia económica (Kahl, 1986: 217-220). Lo mismo sucedería con Pablo González Casanova, quien partiendo de las experiencias de sus primeras investigaciones empíricas llegaría a su teoría de la explotación y del colonialismo interno. Por su parte, Gino Germani terminaría creando una teoría sobre la modernización bastante compleja, aunque sin separarse nunca de una perspectiva liberal (democrática) de la sociedad, al igual que Aldo Solari en Uruguay. Entre los muchos ejemplos que podríamos enumerar, conviene mencionar al Instituto Latinoamericano de Planeación Económica y Social (ILPES) que, como organismo dependiente de la CEPAL, llegaría a desarrollar muchos de los postulados de la teoría de la dependencia a partir de las incongruencias que la propia CEPAL encontraría en sus primeros estudios de los años cincuenta (Osorio, 1995: 33-49).

Ahora bien, eso que Briceño-León y Sonntag denominan *el dolerse del dolor del otro* no es otra cosa que la expresión de cierto tipo de escrúpulos éticos y morales. El giro ideológico anticapitalista que daría posteriormente un importante sector de los sociólogos de los años cincuenta es una prueba de que había consideraciones morales y éticas compartidas entre ellos desde cuando asumieron el

estructural-funcionalismo o estuvieron de alguna manera cercanos a ese enfoque interpretativo. Esas convicciones morales y éticas, aunque hayan podido quedar atrapadas dentro de la frialdad del cientificismo y el desarrollismo, fueron las que prepararon el camino hacia la quereña política que muchos de ellos manifestaron después en favor de las clases populares, por medio de cierto nacionalismo o desde alguna expresión antiimperialista. Al ver frustradas las ilusiones de progreso y cambio social que traían consigo, desde los enfoques explicativos que el contexto intelectual les permitió escoger, muchos de estos sociólogos sufrieron un proceso de frustración, cuando no de indignación, que los orientó hacia opciones políticas radicales. El caso de Fals Borda muestra que a partir de ese radicalismo pudo madurar una perspectiva romántica en su obra, que posiblemente pueda hallarse también en otros autores que le fueron contemporáneos.

Bibliografía

- Briceño-León, Roberto y Sonntag, Heinz 1998 “La sociología de América Latina: entre pueblo, época y desarrollo” en Briceño-León, Roberto y Sonntag, Heinz (eds.) *La sociología de América Latina: entre pueblo, época y desarrollo* (Caracas: Nueva Sociedad/CENDES/ LACSO).
- Carrillo Guerrero, Daniel 2006 “A manera de introducción. Zonas de negociación en ciencias sociales: la creación de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia (1963-1966)” en Archila, Mauricio et al. (eds.) *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).
- Castañeda, Jorge 1993 *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina* (México DF: Planeta).
- Cataño, Gonzalo 1986 *La sociología en Colombia. Balance crítico* (Bogotá: Plaza & Janés).
- Cataño, Gonzalo 1987 “Presentación de Orlando Fals Borda” en *Ciencia y compromiso. En torno a la obra de Orlando Fals Borda* (Bogotá: Asociación Colombiana de Sociología).
- Errandonea, Alfredo 2001 “Aldo Solari y su papel en la modernización de la sociología uruguaya” en Franco, Rolando (coord.) *Sociología del desarrollo, políticas sociales y democracia. Estudios en homenaje a Aldo Solari* (México DF: Siglo XXI).
- Fals Borda, Orlando 1968 *Subversión y cambio social. Edición revisada, ampliada y puesta al día de La subversión en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo).
- Fals Borda, Orlando 1986 *Historia doble de la Costa. Retorno a la tierra* (Bogotá: Carlos Valencia) Tomo IV.
- Fals Borda, Orlando 2001 “Cuarenta años de sociología en Colombia: problemas y proyecciones” en *Revista Colombiana de Sociología* (Bogotá) Vol. 6, Nº 1.
- Fals Borda, Orlando; Guzmán Campos, Germán y Umaña Luna, Eduardo 1962 *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* (Bogotá: Tercer Mundo) Tomo I.

- Franco, Rolando 2007 *La FLACSO clásica (1957-1973). Vicisitudes de las ciencias sociales latinoamericanas* (Santiago de Chile: Catalonia).
- Garavito, Fernando 2001 *Eduardo Umaña Luna: un hombre, una vida, un país* (Bogotá: Panamericana).
- Gómez, Juan Guillermo 2006 *Colombia es una cosa impenetrable* (Bogotá: Diente de León).
- Jaramillo, Jaime Eduardo 2003 “Intelectuales y pensamiento social en Latinoamérica. Tipo de hitos en la autonomía y en la modernización cultural”, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, mimeo.
- Kahl, Joseph 1986 *Tres sociólogos latinoamericanos: Germani, González Casanova, Cardoso* (México DF: UNAM).
- Löwy, Michael y Sayre, Robert 2001 *Romanticism: against the tide of* (Londres: Duke University Press).
- Moraes Filho, Evaristo de 1970 “Sociología del desarrollo de América Latina” en González Casanova, Pablo et al. (eds.) *Sociología del desarrollo latinoamericano (una guía para su estudio)* (México DF: UNAM).
- Ortiz, Carlos Miguel 1995 “Historiografía de la violencia” en *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia) Vol. I.
- Osorio, Jaime 1995 *Las dos caras del espejo. Rupturas y continuidades en la sociología latinoamericana* (México DF: Triana).
- Parra Escobar, Ernesto 1983 *La investigación-acción en la Costa Atlántica. Evaluación de La Rosca* (Cali: Fundación para la Comunicación Popular).
- Parra Sandoval, Rodrigo 1985 “La sociología en Colombia: 1959-1969” en *Ciencia, Tecnología y Desarrollo* (Bogotá) Vol. 9, N° 1-4.
- Pereira, Alexander Fernández 2004 “Para una biografía intelectual de Orlando Fals Borda” en *Periferia* (Neiva) N° 4.
- Pérez, Gustavo 1996 *Camilo Torres Restrepo. Profeta para nuestro tiempo* (Bogotá: Indo-American Press Service).
- Restrepo, Gabriel 1988 “El Departamento y la Facultad de Sociología entre 1959 y 1966” en *Revista Colombiana de Sociología* (Bogotá) Vol. 6, N° 1.
- Restrepo, Gabriel 2006 “La sociología ante sus años cincuenta” en Archila, Mauricio et al. (eds.) *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).
- Sartre, Jean-Paul 2004 *Crítica de la razón dialéctica* (Buenos Aires: Losada) Tomo I.
- Sefchovich, Sara 1989 “Los caminos de la sociología en el laberinto de la *Revista Mexicana de Sociología*” en *Revista Mexicana de Sociología* (México DF) Año LI, N° 1.
- Sonntag, Heinz 1989 *Duda, certeza, crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina* (Caracas: UNESCO/Nueva Sociedad).
- Urrego, Miguel Ángel 2002 *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Siglo del Hombre).